

Capitalismo, guerra, movimientos antisistémicos.

Carlos Prieto del Campo (Universidad Nómada/GMS).

Palabras clave: guerra, producción, democracia, capitalismo, antagonismo.

Nota biográfica. Carlos Prieto del Campo. Doctor en Filosofía. Director de la colección «Cuestiones de antagonismo», Ediciones Akal; editor de la *New Left Review* en castellano. Miembro de la Universidad Nómada/GMS.

Resumen: Este texto pretende pensar preliminarmente las relaciones existentes entre las dinámicas sistémicas del capitalismo histórico y las formas de la política y de la representación de los sujetos productivos que han interactuado en su seno, y ahondar en la dialéctica estructural que relaciona la producción, la guerra, la geopolítica y la reproducción global del sistema capitalista.

Contenidos

1. Producción y guerra civil
2. Guerra y democracia

1. Producción y guerra civil

En el sistema-mundo capitalista, esto es, en la dinámica estructural definida por el funcionamiento simultáneo de la economía-mundo capitalista y del sistema interestatal concomitante que conforman las condiciones de posibilidad del modelo de acumulación de capital vigente desde el siglo XVI, el concepto de producción se halla indisolublemente unido al concepto de antagonismo y, por consiguiente, en definitiva, al concepto de guerra civil. Producción en el capitalismo histórico es por definición guerra civil articulada en todas las dimensiones de la estructura social, del modelo de acumulación y de las formas de gestión geopolítica y geoeconómica del conflicto en el mercado mundial. No puede optarse, pues, por la afirmación de dialécticas separadas –la económica, pacífica y productiva, y la política, guerrera y destructiva– que siguen sus propias dinámicas para chocar entre sí únicamente cuando surgen momentos de crisis estructural del sistema que alteran mediante su contradictorio entrelazamiento sistémico las pautas reproductivas del mismo. La producción en el capitalismo histórico siempre ha generado y continúa generando guerra como mecanismo definitivo de reestructuración social, económica y política. Producción y guerra son, pues, dos conceptos inextricablemente unidos en su existencia histórica que perfilan el doble eje de los mecanismos de reproducción estructural del sistema-mundo capitalista.

Todo ciclo sistémico de acumulación de capital, por consiguiente, genera un conjunto de relaciones sociales cuya tendencia apunta al estallido de la guerra civil en cada una de las estructuras sociales dotadas de autonomía política en el sistema de Estados así como una dinámica de desencadenamiento de la guerra mundial en el ámbito del sistema interestatal. La producción capitalista de mercancías es, pues, tanto (1) producción de guerra civil en las unidades políticas discretas que constituyen el sistema interestatal moderno, como (2) configuración de un orden geopolítico y geoeconómico definido por las potencias hegemónicas históricamente existentes (genovesa-ibérica, holandesa, británica, estadounidense), cuya delimitación precisa constituye el escenario para el desencadenamiento de la guerra mundial. Obviamente, como intentaremos demostrar en este texto, los conceptos de guerra civil y de guerra mundial únicamente tienen sentido si se insertan en un marco analítico que afirma (1) la *unidad espacial* de la economía-mundo capitalista entendiéndola que ésta opera en un espacio único de acumulación que estratifica los flujos económicos, monetarios y financieros así como las actividades de producción y distribución de acuerdo con una lógica unitaria de explotación, jerarquización y estratificación; (2) la *unidad temporal* del capitalismo histórico en su *longue durée* desde el siglo XVI hasta la actualidad que caracteriza el mismo como un conjunto de procesos de reestructuración compleja de la densidad de las formas estructurales de explotación y dominación históricamente existentes; y (3) la *unidad sincrónica* de

su reproducción estructural como un sistema de poder de clase en cada una de las coyunturas verificables en sus respectivos ciclos sistémicos de acumulación.

Así, pues, *guerra civil* en el sistema-mundo capitalista quiere decir (1) conflicto violento desencadenado en una unidad política producida como espacio político reconocible por la existencia de una clase dominante que ha logrado explotar mediante redes «nacionales» –cuya condición de posibilidad reposa en su inserción en la estructura de acumulación global– una fuerza de trabajo localizable en una forma Estado determinada, pero cuyo circuito de extracción de plusvalor integral únicamente puede reconstruirse en su totalidad, por definición, si se remite a la escala mundial de los procesos de acumulación de capital en virtud de la peculiar dinámica de la inserción de tal máquina política en la jerarquía de la economía-mundo capitalista y del sistema interestatal a lo largo de la modernidad del capital (siglo XVI-siglo XX); este conflicto violento condensa y hace precipitar toda la tensión histórica de las formas de explotación económica y subalternización política descargada sobre las clases dominadas por la economía-mundo capitalista mediante las estrategias de inserción seguidas por las clases dominantes *nacionales* para poder asegurar su constitución y reproducción social, económica y política mediante el cierre del circuito de realización del plusvalor en el mercado mundial y *nacional*; (2) conjunto de dispositivos y formas estructurales aptos para configurar la *soberanía popular* y la *voluntad general* y los mecanismos de *representación democrática liberal* como estructura₁ de estructuras₂ de procesos sociales, institucionales, administrativos y empresariales programados de acuerdo con una lógica de guerra para asegurar la reproducción sistémica de la violencia de clase, y concebida mediante una lógica estructural de guerra articulada mediante la forma Estado y, en última instancia, la fuerza militar, como variables máximas e irrebables de la política. La política *nacional* es la guerra continuada por otros medios, porque en el sistema-mundo capitalista el ámbito de la producción es violencia estructuralmente abocada al conflicto armado entre las clases enfrentadas por el control de la reproducción sistémica de la economía-mundo capitalista. El punto crucial es comprender la reproducción de la estructura social como un proceso complejo de reestructuración estratégica que ha introyectado una lógica de guerra para impedir el rebasamiento del paradigma liberal en la política y el cuestionamiento del capitalismo en el ámbito de la reproducción material de las sociedades. Lógica de guerra en la reproducción estructural quiere decir obviamente introyección máxima del antagonismo de clase y de los procesos de autonomía y autovalorización de la fuerza de trabajo como sujeto político tendencialmente capaz de generar procesos de semiotización política radicalmente diversos del modelo democrático liberal. La emergencia de los conceptos de soberanía popular y voluntad general en la episteme de la teoría política liberal dominante ya indica la profunda operatividad del concepto de guerra civil en la ideología burguesa clásica, de Hobbes a Hegel, pasando por Rousseau, más allá de la trivial constatación de su funcionamiento como concepto primero y *deus ex machina* de su edificio conceptual; (3) estratificación dicotómica de la explotación económica y política en el mercado mundial para posibilitar la gestión del antagonismo y la lucha de clases –fundamentalmente en los países del centro de la economía-mundo capitalista–, dado que en las sucesivas hegemonías del capitalismo histórico siempre han constituido bloques sociales que han incluido a determinadas fracciones de las clases dominadas y subalternas para diseñar las estrategias de hegemonía y consenso concebidas por las clases dominantes para estabilizar la dinámica de los diversos ciclos sistémicos de acumulación. Estos bloques sociales siempre han operado desde el punto de vista económico excluyendo de las recompensas materiales elementales a una mayoría aplastante de la población del planeta –fundamentalmente no blanca–, y desde un punto de vista ideológico recurriendo a discursos groseramente universalistas y humanistas ligados a proyectos de expansión de la civilización occidental. Esta estratificación violenta genera sistémicamente conflictos armados cuando los sujetos colocados en las posiciones últimas de la cadena de producción de valor cuestionan su inserción en la misma y ponen en tela de juicio la reproducción de su forma de explotación. La gestión de estos conflictos bélicos ha recurrido frecuentemente a la presentación nacional o colonial de este enfrentamiento en tanto que han sido Estados-nación o formas protoestales de los mismos quienes han asumido su implementación, pero en realidad su correcta conceptualización exige pensar estos conflictos como expresiones de la dinámica de guerra civil asociada con el concepto de producción de capital y, por ende, con el sistema de producción capitalista.

Guerra mundial en el sistema-mundo capitalista quiere decir, por lo tanto, (1) expresión máxima del conflicto armado ante una situación de bloqueo de las vigentes formas y tasas de explotación y de reparto del producto social entre, por un lado, las clases dominantes que operan en cada uno de los estratos de extracción y control del plusvalor y, por otro, entre éstas y los sujetos incluidos y excluidos del bloque social dominante definido en cada uno de los ciclos sistémicos de acumulación: la operatividad de tal conflicto se desenvuelve en una estructura de acumulación y de organización del sistema interestatal determinada que funciona como condición máxima de reproducción estructural; (2) mecanismo

históricamente privilegiado para reestructurar todas y cada una de las formas estables de acumulación y las relaciones de producción y distribución vigentes correspondientes a la misma, y para lanzar un nuevo modelo de extracción y reparto del plusvalor a escala mundial, esto es, un nuevo ciclo sistémico de acumulación. En el sistema capitalista únicamente tasas elevadísimas de violencia desplegada a escala mundial hacen saltar los mecanismos de estabilización de la explotación sincrónicamente operativos en un momento histórico dado y convencen a las clases dominantes y a las elites dirigentes que el anterior modelo ha encontrado límites insuperables de autocorrección mediante mecanismos políticos. De nuevo, la guerra mundial es la política continuada por otros medios, porque la guerra civil es la lógica última de la producción de mercancías y de la adscripción de los sujetos productivos a las formas vigentes de explotación económica y subalternización institucional, administrativa y política; (3) expresión articulada de los conflictos producidos por el antagonismo de clase en todas y cada una de las unidades políticas que gestionan en el sistema interestatal, y por el conflicto tendencial anunciado por la emergencia transversal a la economía-mundo capitalista de nuevos sujetos políticos excluidos hasta ese momento del bloque social dominante que ha estabilizado el anterior ciclo sistémico de acumulación. La geopolítica de la guerra mundial escribe en filigrana la imposibilidad de ciertas formas de expresión política del antagonismo así como la potencia antisistémica de éste para bloquear la reproducción del sistema. La geopolítica es, de nuevo, el desplazamiento de las diversas formas Estado a sus niveles máximos de concentración logística de violencia para asegurar una reproducción congelada de las formas de explotación y subalternización política vigentes en un momento histórico dado, esto es, dicho con más precisión, en un ciclo sistémico de acumulación que por definición supone un modelo de legitimación política correspondiente, y la expresión de la violencia del enfrentamiento de clase en toda su potencia constituyente: la geopolítica es, pues, de nuevo, la continuación de la guerra civil por otros medios.

Así, pues, el capitalismo histórico ha procedido a reestructurar sus pautas de comportamiento mediante el entrelazamiento de las dinámicas de la guerra civil y de la guerra mundial como formas sistémicas privilegiadas de reorientación y estabilización del sistema en todo el corte sincrónico de su densidad estructural. La guerra ha constituido, por consiguiente, el mecanismo privilegiado para reordenar la asignación de recursos entre las clases dominantes, las potencias hegemónicas y el conjunto de las clases dominadas y grupos subalternos que han de ser incorporados y excluidos del bloque social dominante del siguiente ciclo sistémico de acumulación. Históricamente se verifica el recurso a la guerra civil mundial como *ratio* última de un sistema que no ha encontrado hasta el presente mecanismos políticos suficientemente sofisticados de reparto del poder y la riqueza colectivos ni de reestructuración sistémica de sus modelos de reproducción social. El problema es, pues, pensar la política en el capitalismo. El concepto fundamental, que debe ser históricamente declinado y conjugado es el concepto de antagonismo, y para hacerlo resulta esencial utilizar el concepto de composición de clase. El objetivo último es definir el bloque social hegemónico que ha permitido mutar y estabilizar el capitalismo histórico en cada uno de los ciclos sistémicos de acumulación que éste ha conocido desde el siglo XVI hasta la actualidad y cuya sucesión sincrónica, sedimentación estructural y estratificación sistémica han permitido la definición, la densidad, la dinámica y la reproducibilidad de la estructura₁ de estructuras₂ de poder y explotación de clase actual.

Clase en el capitalismo histórico quiere decir simultáneamente el conjunto de variables estructurales que reproducen formas estables de explotación y dominación, y la resistencia, la autonomía y la autovalorización del conjunto de sujetos que ven supeditados sus niveles de renta, existencia social y dominación a la estructura de poder que se reproduce inexorablemente si su funcionamiento no es cortocircuitado por medios políticos, esto es, interrumpiendo las relaciones de poder que configuran una sociedad dada en un momento determinado. Sociedad en el sistema-mundo capitalista es esta estructura de poder y la reproducción sistémica de la misma. Resulta esencial, pues, pensar conjuntamente el antagonismo expresado por los sujetos incluidos en el bloque social dominante que permite la estabilización dinámica del sistema, y el antagonismo de los sujetos excluidos del pacto de recompensas históricamente legitimado que son explotados, pero no recompensados mediante los acuerdos y convenciones que rigen para los sectores integrados en tal bloque social dominante.

De nuevo estos conceptos cobran toda su pertinencia si analizamos globalmente la economía-mundo capitalista y si eludimos cualquier aproximación nacional o regional al problema. El cruce de ambas formas de antagonismo define las formas de resistencia y de acción pública en un momento histórico determinado y fundamenta la política posible de los movimientos antisistémicos en cada uno de los ciclos sistémicos de acumulación. Históricamente, el funcionamiento de tal antagonismo ha operado de modo contundente en cada uno de éstos y provocado su desestabilización interna por mor de las luchas y las formas de semiotización de las dinámicas políticas factibles en cada estructura de poder determinada. La

comprensión del circuito estructural y global de la reproducción capitalista ha constituido un factor esencial para poder pensar una política en cada uno de los ciclos sistémicos de acumulación y ha definido las formas reales de comportamiento antagonista dotadas de impacto antisistémico en los diversos cortes sincrónicos definidos por estos ciclos. Los movimientos antisistémicos se reconocen como tales cuando la acumulación de las luchas, de la actividad intelectual y de la resistencia política de los sujetos explotados económicamente y sometidos políticamente logran producir explicaciones racionalmente coherentes tanto de la existencia y del funcionamiento del mercado mundial como mecanismo estructural de explotación integral de las clases dominadas y subalternas, como de la red de formas estructurales que define los entornos de la vida social en las unidades políticas existentes y los modelos de socialidad y politicidad concomitantes. El alto grado de densidad e intensidad que estos procesos han experimentado durante los últimos cincuenta años augura que nos hallamos ante un formidable ciclo antisistémico antagonista en el que los sujetos hiperproletarios van a desplegar por primera vez una serie de luchas que van ser verdaderamente globales, antisistémicas y desestructuradoras de la relación-capital¹⁵⁵. Este proceso de maduración de la propia autorreflexividad de las luchas y de las formas de la política posible ha encontrado en la guerra el correlato sistémico de bloqueo político de sus dinámicas y de sus formas de expresión.

2. Guerra y democracia

Si analizamos el ciclo sistémico de acumulación que define la modernidad, esto es, el ciclo que arranca con la Gran Depresión de 1873 y a cuya conclusión asistimos en la actualidad al hilo de la crisis de la hegemonía estadounidense que ha presidido el mismo, podemos constatar tal choque asintótico que define la trama misma de la coyuntura actual. La tremenda carga económica, política, e ideológica de las luchas desplegadas desde los inicios del capitalismo comienza finalmente en las postrimerías del ciclo británico a configurar entornos y dispositivos estables de comprensión de los mecanismos estructurales de producción de la dominación de clase –la revoluciones de 1848 y los movimientos abolicionistas y feministas negros representarían su epítome concentrado y el *Manifiesto comunista* de Marx y Engels su síntesis prodigiosa–, mientras que el capitalismo como sistema comienza a incrementar en idéntica medida su densidad estructural de captura de las luchas como dispositivo de orientación sistémica y de estabilización dinámica. La configuración del ciclo sistémico de acumulación estadounidense –de la hegemonía de Estados Unidos como potencia hegemónica y de las formas de antagonismo de los sujetos productivos– comienza a definir desde finales del siglo XIX las condiciones de producción de una nueva forma de la política que trastocará integralmente la dinámica de la estructura social y las formas de enunciar la explotación económica, la legitimación política y la participación institucional. El ciclo sistémico de acumulación británico que se extiende desde aproximadamente mediados del siglo XVIII hasta la Gran Depresión de 1929 había sido testigo de un ciclo político de emergencia cada vez más vigorosa de las clases dominadas como sujetos protopolíticos y de la resistencia feroz de las clases dominantes a su incorporación como sujetos de una esfera pública y política democrática sobre la cual se impuso la rigidez de los innumerables modelos censitarios. Éstos habían incluido –tan solo al hilo de las guerras napoleónicas: guerra civil, guerra mundial– a los colonos blancos de las colonias de las potencias occidentales y a los estamentos propietarios ligados a las nuevas formas de propiedad de capital con la exclusión neta de las nuevas clases productivas subalternas, cuya explotación y marginación política –trabajo coaccionado, esclavitud, parlamentos aristocráticos– había caracterizado los ciclos sistémicos de acumulación ibero-genovés y holandés previos. Las guerras napoleónicas hicieron estallar el monopolio de la nobleza sobre las formas políticas al tiempo que su conclusión reaccionaria consolidó la emergencia de un nuevo bloque dominante ligado a formas de representación que excluyeron a la mayoría de los sujetos productivos del centro de la economía-mundo capitalista y a la totalidad de los sujetos coloniales que se incorporaban de manera definitiva a la fisiología estructural del capitalismo global.

El ciclo sistémico de acumulación estadounidense coincide con la emergencia de nuevos sujetos productivos y con nuevas formas de acción política en virtud de la articulación de las luchas que habían logrado dotar de existencia pública a las clases dominadas y a los grupos subalternos presentes en la

¹⁵⁵ El concepto de *relación-capital* remite a la reproducción sistémica de la estructural de estructuras² de poder del capitalismo como forma sincrónica estable de explotación en un momento determinado de su existencia histórica; remite obviamente al concepto marxiano del *capital* como relación definida por el antagonismo constituyente de los sujetos explotados y dominados en una coyuntura empíricamente identificable desde el punto de vista histórico que desencadena a su vez formas estructurales aptas para desencadenar procesos virtuosos de acumulación de capital y respuestas de crisis y lucha de gran intensidad

economía-mundo capitalista. Su conformación como sujetos políticos, sin embargo, se enfrenta a una resistencia tenaz que intenta impedir que su existencia social y productiva se convierta en un sólido anclaje de su existencia y participación políticas. La guerra civil mundial que jalona la transición de la hegemonía británica a la estadounidense supone en el ámbito de la semiotización política el precio que las clases dominadas tienen que pagar para ver en parte reconocidos sus derechos políticos en el entorno estructural de la reproducción de la economía-mundo capitalista y de sus diversas estructuras sociales realmente existentes. Únicamente tras el conflicto mundial se extiende el sufragio universal masculino y femenino, dejando todavía fuera del mismo a buena parte de las poblaciones no blancas y no occidentales.

Aunque las luchas antisistémicas realmente potentes tienen lugar una vez iniciadas y tras la conclusión de cada uno de los conflictos mundiales de 1914 y 1939, el hecho realmente significativo es que al concluir la Primera Guerra Mundial tanto la confusa apelación de Wilson, como sobre todo la mucho más rica y articulada de Lenin –en tanto que enunciaba una perspectiva de clase ligada netamente a la producción e incluía explícitamente a los pueblos de color no occidentales– ya enuncian de manera clara la pretensión de totalidad de los derechos políticos y sociales. Parafraseando el título de la célebre novela de Nanni Balestrini, en torno a 1917 las clases dominadas blancas y de color, con un catálogo de derechos formalmente garantizados realmente pobre, con un derecho al sufragio universal liberal todavía restringido y parcialmente concedido, y con formas estatales de gestión pública todavía tremendamente autoritarias, afirman rotundamente con el líder bolchevique *vogliamo tutto*. Mientras el *ancien régime* se tambaleaba en Europa entre el estrépito del hundimiento de los imperios austro-húngaro, alemán, ruso y otomano, y las clases dominantes europeas blancas extremaban las formas más brutales de dominación colonial, las clases dominadas del planeta enunciaban en términos precisos la globalidad de la dominación dotando de todo el espesor epistemológico, teórico y político al concepto de capitalismo como sistema integrado de producción estratificada de dominación y de explotación de clase global. Por primera vez en la historia de las clases dominadas, las luchas que habían arrancado del Renacimiento y que habían atravesado como un hilo rojo toda la historia del capitalismo se dotaban de una batería de conceptos que permitía comenzar a cartografiar de modo coherente las dinámicas reales de producción de dominación política y de explotación económica y su síntesis reproductiva como dinámica de constitución social. Como había sucedido con la Revolución francesa y sucedió con la revolución mundial de 1848 –su multiplicador estabilizante– también este corte epistemológico iba a ser irreversible. La guerra civil mundial, sin embargo, una vez más iba a operar como mecanismo reactivo de restauración y de ralentización del funcionamiento de la esfera política e iba a reeditar un pacto social limitado en la práctica, aunque universal en su propuesta, tras la Segunda Guerra Mundial.

El problema es, pues, comprender como ha funcionado el impacto de las luchas antisistémicas de los sujetos productivos en el ritmo fisiológico y neuronal del capitalismo histórico, y como la riqueza ontológica, intelectual y política de su impacto ha permitido en la coyuntura de la transición de la hegemonía holandesa a la británica alcanzar el grado de autorreflexividad que se condensa en torno a la Revolución francesa y que sienta las premisas epistemológicas y políticas para el salto cualitativo representado por la revolución de 1848 y por la emergencia del corte epistémico marxiano en la comprensión de la potencia constituyente de los sujetos sometidos y en la conceptualización del capitalismo como *constructo* estructural irreducible para comprender la dinámica social y para definir una política antisistémica apta para pensar la complejidad del sistema y la riqueza de las luchas de las clases dominadas que operan como vectores antagónicos de la dinámica estructural del capitalismo y definen procesos de constitución de sujetos políticos privilegiados para expresar dinámicas de poder constituyente y de desencadenamiento de nuevas formas de reproducción de la constitución material del sistema mundo.

Si analizamos el capitalismo histórico, la perplejidad surge de la constatación de estos tres procesos simultáneos de comportamiento sistémico y político: (1) la lentitud de los procesos de poder constituyente suscitados a partir del abigarrado conjunto de luchas polimórficas y heterogéneas constatadas durante su existencia plurisecular para producir formas de expresión y organización política aptas para lograr desestructurar o transformar radicalmente las formas de comportamiento de la dinámica estructural del capitalismo; (2) el alto impacto de estas luchas, y en particular de los procesos de fuga de los procesos de explotación por parte de los sujetos proletarios, en las dinámicas de reproducción sistémica, en la organización de los procesos de trabajo y a largo plazo en las dinámicas de acumulación de capital; y (3) la tosquedad y la zafiedad de las formas políticas impuestas de modo tan persistente por las clases dominantes para gestionar el antagonismo de los sujetos explotados y explotar su riqueza y sus expresiones de constitución social. La forma explícita de estabilización de la exclusión y de la limitación del impulso democrático de los sujetos dominados y, posteriormente, de los movimientos antisistémicos esta constituida por el liberalismo tal y como se codifica en el siglo XIX y se comporta como ideología

performativa desde mediados del mismo hasta la actualidad, incluidas las variantes neoliberales que desde la década de 1920 operan como laboratorio conservador y reaccionario por excelencia en todos los ámbitos de la realidad social. En este sentido, 1848 representa la línea de fuga de planos de consistencia heteróclitos –clase, raza, patriarcado– cuya en un principio caótica ubicación en el espacio de enunciación público permite desplegar un proceso de teorización, resistencia y antagonismo que llega hasta nuestros días; y la conceptualización marxiana el horizonte de comprensión del capitalismo como complejo de integración productiva de toda n_k -práctica social en un vector apto para producir dominación y reproducción sistémica de sus dinámicas de explotación. El proceso objeto de reconstrucción teórica consiste, pues, en captar la diferencia ontológico-política y de explotación estructural del antagonismo de los sujetos sometidos antes y después del salto cualitativo representado por las modificaciones inducidas durante el ciclo sistémico de acumulación británico –que supone el escenario primigenio de la modernidad– y, sobre todo, tras la transición al ciclo sistémico estadounidense y su modelo de hegemonía. La hegemonía británica supone desde el punto de vista político el registro por parte de la relación-capital de la presencia cada vez más nítida como sujeto político de la inmensa mayoría de las clases subalternas blancas y de color, y la invención de modelos de contención de tal emergencia política mediante el diseño de un espacio público y de un sistema de explotación económica apto para contener y desintegrar la producción de una lógica política otra respecto a la reproducción estructural del sistema. El enigma sigue siendo porque el espacio político asume formas tan pobres durante la hegemonía holandesa –que corre desde mediados del siglo XVI hasta mediados del siglo XVIII– dado el impacto de las luchas, la resistencia y la explotación de las clases y grupos sometidos, y cómo después de la Revolución francesa las clases dominantes pueden aprovechar tal andamiaje conceptual durante el siglo XIX para construir la hegemonía característica del ciclo sistémico de acumulación británicos y las formas de representación política que concluirán en la forma Estado liberal y que sentarán el escenario para la guerra civil mundial que marca durante la primera mitad del siglo XX la transición a la hegemonía estadounidense. En esta transición, esto es, en el despegue del ciclo sistémico estadounidense que arranca de la Gran Depresión de 1873-1896 y que se prolonga hasta la crisis de 1929, se verifica la tendencia al ajuste estructural maduro de la economía-mundo capitalista en todos sus expresiones de existencia sistémica –monetaria, financiera, bancaria, militar, estatal y administrativa– y las primeras formas de expresión política coherente de los movimientos antisistémicos en el entorno global del capitalismo.

El problema que hay analizar es el proceso que lleva de la emergencia de un espacio político y público definitiva y explícitamente codificado por la presencia de las clases dominadas pero controlado y codificado de modo inmediato por las formas Estado –metropolitanas y coloniales– impuestas por las clases dominantes blancas de las economías centrales desde mediados del siglo XIX, a la utilización de la guerra civil mundial cómo instrumento sistémico recurrente para sellar la transición de la hegemonía británica a la estadounidense y que de nuevo está siendo utilizado en la actualidad para dirimir la actual crisis de hegemonía y la quiebra del actual ciclo de acumulación estadounidense. Desde la revolución de 1848, que desde el punto de vista económico cierra una larga fase de estancamiento económico que se abre con el fin de las guerras napoleónicas, esa guerra civil mundial se materializa tanto en los conflictos permanentes librados contra las poblaciones no blancas fuera de Europa como en las dos Guerras Mundiales, que zanjan definitivamente la reestructuración sistémica que posibilita el ciclo de acumulación y la hegemonía estadounidense.

¿Cuáles eran las líneas de fuerza de este espacio político generado durante la hegemonía británica que tras la Revolución francesa y sobre todo tras 1848 se plantea explícitamente la administración y gestión del comportamiento de las clases dominadas y el control del cambio político y social en clave conservadora políticamente, pero innovadora sistémicamente de acuerdo con las dinámicas estructurales del capitalismo, como variable estratégica de producción de dominación política y de vinculación irremediable a las formas estructurales del capitalismo histórico? Ante todo las líneas de fuerza de este espacio político, cuya eficacia sistémica los movimientos antisistémicos no lograron romper drástica y definitivamente tras la apertura del espacio político inaugurado después de la guerra civil europea que inaugura el siglo XX, fueron las siguientes: (1) el reconocimiento de la estructura₁ de estructuras₂ de la relación-capital como horizonte estratégico respecto al que gestionar el sometimiento de las fuerzas de trabajo que el capitalismo produce e integra de una forma cada vez más diferencial en el mecanismo de su fisiología y neurología reproductoras; (2) la limitación severa y el control férreo del reconocimiento de los derechos políticos a los sujetos pertenecientes a las clases objeto de explotación económica y subalternización social en cada una de las formas Estado realmente existentes; (3) la reproducción en la esfera política y pública de los vectores raciales y sexistas consustanciales al capitalismo histórico, cuya declinación se convierte en un factor esencial para facilitar las pautas de explotación sistémica así como la estratificación de las poblaciones del planeta en virtud de su adscripción colonial y racial a la jerarquía definida por las

clases protagonistas de los circuitos más potentes de acumulación de capital; (4) la restricción estricta de la incorporación de áreas sustanciales de existencia social, económica y estatal a la esfera pública que define los objetos posibles de debate político y de transformación sustancial de su acoplamiento estructural; (5) la multiplicación de las formas de organización administrativa para filtrar las formas de reconstrucción del circuito productivo social y global y la recreación de las formas delimitadas de acción estatal con el fin de producir espacios nacionales de gestión de la reproducción social contruidos como autorreferenciales y constitutivos de proyecciones imaginarias de existencia más allá de las constricciones impuestas por el capitalismo histórico diacrónica y sincrónicamente entendido; (6) la opción por formas Estado de carácter centralizado y unitario que permitan imponer formas bonapartistas y autoritarias de poder político en las economías centrales adecuadas a sus necesidades de acumulación y hegemonía, y por formas preestatales y débiles en el resto de las unidades políticas del sistema interestatal; (7) la negación de la dinámica del capitalismo histórico como red de procesos fundamentales para explicar y definir la realidad de las formas Estado y las esferas políticas nacionales concomitantes que han permitido a determinadas fracciones de las clases dominantes constituirse como tales; (8) la elisión del circuito productivo global como objeto político enunciable en el espacio de las políticas «nacionales» y «estatales» y la imposibilidad consecuente de considerar sujetos políticos a quienes no fuesen «ciudadanos» de esa determinada unidad política; (9) la adscripción a las unidades políticas del centro de la economía-mundo capitalista de territorios coloniales en los que se aplicaban formas de subalternización política y explotación económica todavía más brutales que las impuestas en las metrópolis como mecanismo de delimitación de lo político susceptible de ser consumido por las clases dominadas metropolitanas; (10) la prohibición y la aceptación lentísima de las formas colectivas de acción política en forma de organizaciones partidistas y sindicales, cuya emergencia e imposición conocen procesos muy intensos de represión y de destrucción institucional por parte de las formas Estado liberales durante la transición de la hegemonía británica a la estadounidense.

El salto cualitativo en el comportamiento de estos vectores se produce de nuevo con las guerras mundiales de principios del siglo XX, que finalmente dan carta blanca a los procesos de democratización y ciudadanía que habían sido reivindicados durante todo el siglo XIX. También en la esfera estrictamente política las clases dominadas tuvieron que pagar un precio altísimo para ver reconocidos formalmente sus derechos a lo largo de las décadas de 1920 y 1930, al tiempo que la ruptura de las incipientes y frágiles formas democráticas saltaban por los aires en buena parte de los Estados-nación ya establecidos, por no hablar de la situación en los denominados imperios coloniales, por mor de las presiones de la relación-capital sobre las unidades políticas del sistema interestatal. El proceso de lucha por el sufragio universal y el reconocimiento de la existencia política de los sujetos productivos concluyen su primera fase de madurez tras la Primera Guerra Mundial, pero hay que esperar al desencadenamiento de la Segunda para sentar el techo máximo que se le permitirá alcanzar mediante su concreto funcionamiento político. La prueba última para las clases dominadas de que la política muta de contenido estructural es la posibilidad de controlar el uso de la guerra como instrumento de reestructuración de las relaciones de explotación y dominación y como dispositivo privilegiado de acción colectiva. La parábola de las democracias representativas despliega todo su contenido sustantivo en la incapacidad para bloquear la guerra como mecanismo de dominación y en la imposibilidad de pensar el circuito económico global como condición mínima y elemental de constitución política y definición de ciudadanía. En este sentido, la discusión actual en torno a la inmigración y los derechos políticos de los inmigrantes no debe abordarse desde el punto de vista de la rigidez mostrada por los Estados a la hora de ampliar los contornos de sus derechos de ciudadanía como si se tratase de entes soberanos cuyo perímetro político puede ser objeto de ampliación, sino como la imposibilidad estructural de incorporar el circuito global de extracción de plusvalor del mercado mundial que estructura la economía-mundo capitalista y el sistema interestatal al centro mismo del espacio que define la constitución de la política en la época contemporánea. Esta exigencia es la que late en el proyecto político de las clases subalternas desde finales del siglo XVIII y su implementación constituye el objeto permanente desplazado por la producción del espacio político del capital en el que estas clases han debido jugar sus opciones históricas. El liberalismo durante el siglo XIX –y el «neoliberalismo» que se *superpone* al mismo desde la tercera década del XX y que ocupa un lugar predominante en el universo ideológico de la actualidad– es la muestra más articulada de una limitación estructural permanente, continuamente rearticulada, del impulso democrático y revolucionario de las clases dominadas en su afán por construir una esfera política que pueda convertir al capitalismo y la guerra en objeto permanente de análisis, lucha y desarticulación.